

# LA SEÑORITA MONTECRISTO

## I

El señor vizconde de Blaisois no había perdido el tiempo.

Después de haber abandonado la señorita Josselin á la vigilancia de Betsy y de Davis había vuelto á New-York en coche y había hecho parar á cien metros de los muelles, desde donde se dirigió á pie hacia el Tryon-Hotel.

El bandido avanzaba con aire ligero, y chupando su cigarro, recapitulaba los acontecimientos en los que había estado mezclado.

—La pequeña ha caído de lleno en el lazo y héla ahí en curso de meditar sobre sus fastidios que tendrá que sufrir para poseer los millones sin querer repartirlos. ¡Lo que Joe va á reír, cuando Morgerstern le haya dado noticias del éxito de la empresa!... Sí, va á reírse; pero bien reirá el que ría el último... pues no soy tan bobo como él piensa... ¡Como gritará el día que sepa que he trabajado por mi cuenta propia! ¡El pájaro está en la jaula!... Pero no es lo que él creía ni tal cual se lo imaginaba! ¡No! Obro por mi cuenta!... Algunas horas de vigilancia forzada para la pequeña y aparezco como el salvador! La saco á la libertad de los campos, la acompaño allá, al Africa, le devuelvo su tesoro, actúo como hombre de buen corazón, y á fuer de reconocida y obligada, la doncella no rehusa una mano que solicito de rodillas. Este es mi programa, mi gran programa que me encargo de llevar hasta el fin.

El vizconde tiró el cigarro que había fumado hasta la punta y encendiendo otro, exclamó:

—El que no asistirá á la boda, es ese

gran estúpido de escultor que encontrará que su pajarito ha volado. ¡Esto le enseñará á ese bohemio á no hacerse el protector de una joven millonaria!... ¡Imbécil! ¡Aviado está á la hora presente! Si la lección pudiera hacerle volverle engañado á París, su ciudad, de donde no debería haber salido, facilitaría muchísimo mis operaciones y me evitaría tener que arrancar hierba por las raíces. Yo mismo tendría medios de darle buenos consejos, é invitarle á tomar las de villadiego. Entre compatriotas, hay que ayudarse unos á otros y estoy dispuesto á prestarle, sin reparar en nada, el dinero necesario para que vuelva á su patria. ¡Sí, estoy dispuesto!

En esta disposición de espíritu el bandido franqueaba las puertas del Tryon Hotel.

La expedición que había presidido le había abierto el apetito tanto que aun cuando fuese relativamente tarde, entró en el comedor.

Viendo lo avanzado de la hora, esperaba hallarse solo, pero con gran sorpresa reconoció que dos hombres acababan de comer en el extremo de la mesa.

El vizconde los miró con cierta desconfianza, pero el diálogo y el aspecto de los que comían le confortaron.

El uno, alto, con las patillas en forma de abanico, la voz fuerte y ligeramente tartajoso, no podía ser sino un buen yankee de los alrededores, venido á New-York para tratar de sus negocios.

El otro, pequeño, muy hablador, con los dedos llenos de sortijas, el semblante sonriente y que parecía muy infatuado de su delgada persona, tenía apariencias de un viajante de comercio de vuelta.

Esto fué al menos lo que pensó el señor vizconde, que mandó le sirvieran su comida